

## Apuntes y Recuerdos de San Carlos

Por M. A. González Rodríguez

La calle Duvergé de Ciudad Trujillo, denominada así para recordar al glorioso general Antonio Duvergé, no tuvo nombre en la antigua población de San Carlos. Por el año de mil ochocientos ochenta, era enteramente de bohíos con pisos de tierra y sin aceras la mayor parte. Tenía el pavimento de piedra y caliche hacia el Este y de barro colorado hacia el Oeste. A pesar de su poca extensión era algo curva. Se hallaba entre las calles Real y del Mamey, hoy Dr. José Dolores Alfonseca y Abreu, respectivamente. Su alumbrado público lo componían dos faroles con lámparas de petróleo que la dejaban parte en sombras, parte en luz. En ella se fabricó la segunda casa de maderas extranjeras con techo de zinc que hubo en la población de San Carlos. La construyó don Manuel Herrera. Dicha casa fué destruída por el incendio que redujo a cenizas la hoy calle Duvergé en el año de mil novecientos cuatro. En la sobredicha vivienda nació el licenciado Porfirio Herrera, acaso el único poeta que ha visto la primera luz del mundo en la población de San Carlos. Su poema, *Viejas Estampas Isleñas*, aunque sin acabar, es una joya de arte poética. En la misma vivienda se instaló el primer piano que sirvió en la población de San Carlos para enseñar música y recrear el oído.

Por lo demás, la calle Duvergé fué en ocasiones el paso obligado de las carretas de bueyes que traían a la Ciudad de Santo Domingo el azúcar que producían los ingenios *La Esperanza*, *La Fe* y *La Encarnación*. Molestaba entonces a los que en ella vivían, el chirriar de los ejes, el ruido de las carretas

y el canto de los boyeros. Por aquel tiempo residían en la mencionada calle dos isleños de tomo y lomo. El uno respondía al nombre de José Abreu, el otro al de Rafael Bello. Ambos sabían atarse bien los calzones y jamás se les vió andar de zoca en colodra.

Hoy por hoy, en la Calle Duvergé, la curva y los viejos bohíos que la afeaban, han desaparecido. En lugar de estos últimos se ven dos casas de *concreto* de dos pisos y varias casas de madera con techos de zinc. Su aspecto es completamente moderno. Tiene las aceras corridas, el pavimento de asfalto y el alumbrado eléctrico. No obstante, resisten o hacen frente a este adelanto, dos solares yermos, sucios y llenos de malezas.

\* \* \*

La gallina de los huevos de oro, si bien es una fábula para todo el mundo, fué grata y cabal realidad para un pobre y honrado vecino de la antigua población de San Carlos.

Según la tradición oral, se llamaba Gregorio Ramírez y residía en la Calle Real, en una casa de maderas extranjeras con techo de tablitas que se hallaba en el mismo sitio en donde hoy está la casa No. 84 de la calle Dr. José Dolores Alfonseca. Su esposa respondía al nombre de La Paz Alonzo y Bello, isleña de pura raza, con quien procreó cinco hijos, dos varones y tres hembras, por más señas. Ejercía la profesión de comerciante, pero apenas podía subvenir con su trabajo a las más perentorias necesidades de su familia. Por esto, su esposa, a más y mejor se dió a la tarea de tener una cantidad de gallinas que le permitieran vender diariamente un par de docenas de huevos. El patio de la casa era extenso, con malezas impenetrables y grandes árboles de mamón. Un fuerte ventarrón derribó al más corpu-

\* Estos escritos del fenecido cronista sancarleño se han venido publicando en los números 102, 104, 106 y 107 de esta revista.





lento de estos árboles; pero nadie tomó en consideración este suceso. Ni una sola persona de la casa se acercó al lugar de la ocurrencia. "Otro nacerá", diría para sí don Gregorio, lejos de imaginarse que en aquel sitio se hallaba su dicha y su fortuna.

Entre las muchas gallinas que tenía la esposa de don Gregorio, se hallaba una *manila* bien calzada y mejor puesta. Un día en que la gallina ésta debía poner, la siguió la hacendosa isleña para conocer el lugar donde ponía los huevos. La vió tomar un trillo y luego perderse entre yerbas y malezas. Después, buscándola, la encontró echada en el hoyo que había dejado el árbol de mamón que el viento derribó. Sin advertir unos pedazos de barro cocido que se hallaban al rededor del nido, entre los cuales había uno que tenía un agujero parecido a la boca de una botija, doña La Paz levantó la *manila* y contempló admirada media botijuela llena de onzas españolas. Echó en la falda la preciosa carga y cuando volvió a la casa llamó a su esposo y le dijo: "¡Gollo, Gollo, mira, ya somos ricos!" La dichosa isleña decía la verdad, porque no mucho tiempo después don Gregorio se trasladó a la Ciudad de Santo Domingo, en donde compró varias casas, una de las cuales se hallaba en la hoy calle El Conde, en el mismo lugar en que se encuentra la casa No. 115.

Como se ve, don Gregorio Ramírez, si aun viviera, podría con razón decir: "Puesto que uno por uno mismo debe ser verídico, confieso que jamás he compuesto una fábula; ni he leído las que ha inventado don Félix María de Samaniego, porque no me agradan las narraciones inverosímiles, sino aquellas que contienen por lo menos un mínimo de realidad o cierta verdad subjetiva; pero en cambio si puedo afirmar, sin temor a la "caduca avaricia", que he poseído realmente la gallina de los huevos de oro". (1)

### CALLE DE LA IGLESIA

Quizás por haber nacido en uno de sus bohíos, escribimos esta crónica con el corazón fuertemente conmovido. En ella hallará el lector muchos pormenores acaso poco interesantes; pero no podemos dejar de consignarlos porque ellos son el vivo recuer-

do de cosas que fueron objeto de nuestro cariño y de nuestros pesares.

Diremos, pues, que la que fué pintoresca y tranquila Calle de la Iglesia en la antigua población de San Carlos, es hoy en la bella Ciudad Trujillo, la transitada calle 16 de Agosto. Hasta el año de mil ochocientos ochenta y dos, solamente se veían bohíos fabricados con tablas de palma y techos de yaguas, cuyo número no hemos podido averiguar. Sin embargo, para el año de mil ochocientos noventa y ocho, partiendo de la hoy Avenida Mella, se contaban veintiséis casas, y treinta y cinco bohíos. Estas casas y estos bohíos, siguiendo el orden de cada hilerera, se hallaban de este modo: de Sur a Norte, hacia la izquierda, una casa, dos bohíos, una casa, un bohío, dos casas, tres bohíos, una casa, cuatro bohíos, tres casas, tres bohíos, una casa, dos bohíos, una casa, dos bohíos y dos casas. Hacia la derecha: dos casas, dos bohíos, tres casas, seis bohíos, dos casas, un bohío, dos casas, dos bohíos, una casa, tres bohíos, una casa, tres bohíos, una casa, un bohío y dos casas.

Las casas estaban fabricadas de maderas extranjeras. Veintitrés tenía el techo de zinc, dos de tejas y una de tablitas. Los techos de zinc y de tejas eran de dos vertientes; el de tablitas de cuatro. También eran de cuatro vertientes los techos de los bohíos, con excepción de uno que lo tenía de dos.

Ordinariamente los bohíos estaban divididos en tres departamentos: sala, aposento y comedor. Entre casa y casa, entre bohío y bohío y entre casa y bohío, existía un callejón como de uno o dos metros de ancho. Por ellos salían hacia la calle las aguas pluviales que caían en los patios. Los pisos de las casas unos eran de tablas y otros de cemento. Los bohíos los tenían más variados. En éstos la mayoría eran de tierra, unos cuantos de cemento, uno de ladrillos y dos o tres en parte de tablas y en parte de tierra.

Cada casa y cada bohío tenía su acera; pero no se correspondían las unas con las otras porque eran distintos sus niveles y se hallaban separadas por los callejones. Conforme al material con que estaban construídas, podían clasificarse de la manera siguiente: ésta de cemento, ésa de ladrillo, aquella de piedras y argamasa.

Por otra parte, el pavimento de la Calle de la Iglesia era de caliche y de arena, con dos cuestas, cuyas piedras, toscas, agrias y peligrosas, le cerraban el paso a todos los vehículos. Sin contar tres pozos de uso privado y algunos aljibes, los habitantes

(1) Muchos de los pormenores que consignamos en la presente crónica, los debemos al señor don Leopoldo Guerra, viejo vecino de la antigua población de San Carlos. El conoció a don Gregorio Ramírez y ha oído contar la historia de la botijuela tal como nosotros la relatamos. Otras personas con quienes hemos hablado acerca del mismo asunto, nos han manifestado que vieron caído, y aun frondoso, el árbol de mamón que hemos mencionado.





de la Calle de la Iglesia obtenían el agua de dos pozos públicos, uno de forma rectangular y el otro circular. El primero se hallaba tocando la acera en el punto en que hoy se juntan las casas Nos. 17 y 19 de la calle 16 de Agosto, y el segundo en la esquina sudeste del enrejado de la *Escuela Brasil*. En el día aun se ve la tapa de hormigón armado con que fué cerrado este último. Desde antes de amanecer se oían las conversaciones que sostenían las personas que sacaban agua; el ruido de los recipientes de lata al chocar con el brocal y el chirrido de los carrillos. A poco de haber amanecido, tres o cuatro mujeres comenzaban a cargar agua para vender a un centavo cada embase de cinco galones. La transportaban en receptáculos que apoyaban en la cintura o llevaban en la cabeza sobre un pedazo de lienzo retorcido y puesto en forma de espiral.

El alumbrado público estaba representado por seis faroles con pequeñas lámparas de petróleo refinado que apenas alumbraban. A cada muchacho se le podía imputar la rotura de un farol. Los establecimientos comerciales se distribuían como se expresa a continuación: cinco pequeñas pulperías; tres carnicerías y una frutería en la que se mostraban con proporcionada inclinación tres pedazos de tablas: cuál con *piñonate*, cuál con *jaloa*, cuál con *alegría* (2).

En lo que concierne a la industria, ésta se daba a conocer por dos talleres, uno de carpintería y el otro de zapatería. En el primero se fabricaban *bateas* y mesas de pino, catres de largueros acanalados y alguno que otro ataúd hecho a la medida de la persona fallecida. En el segundo se confeccionaban zapatos con suela clavada y se reparaban. En cada taller trabajaba un operario y de vez en cuando un pequeño aprendiz.

La primera casa de maderas extranjeras con techo de zinc, la fabricó don Jacinto de Castro. Se hallaba en el solar que hoy ocupa la casa No. 45 de

(2) *Piñonate*, coco rayado, cocido con agua y azúcar. *Jaloa*, coco rayado, cocido con melao. *Alegría*, ajonjolí cocido con melao.

la calle 16 de Agosto. En ella vivió el poeta Arturo Pellerano Castro. Cuatro personas de las que vivieron en la Calle de la Iglesia, allá por los años de mil ochocientos noventa y ocho, merecen especial mención, o sean: Marcos Ruiz, héroe de la Puerta del Conde la noche del 27 de Febrero; José Candelaria Pérez (a) Callalla, soldado de la Restauración; Javier Ariza, Notario Público de la Común de San Carlos y don Ciriaco Salado, hombre muy popular, discutidor y gran anecdotista.

Al presente aun viven en la calle 16 de Agosto, cinco familias de las que residían en la Calle de la Iglesia. Estas son: la Hernández Alvarez, la Mejía González, la Castro Rivera, la Castro del Monte y la Pérez Castro.

Por lo demás, desde cualquier punto de la Calle de la Iglesia, enteramente se vía, coronando la cumbre del cerro, el templo de San Carlos y de la Candelaria. Hoy sólo se ve una parte.

El doce de abril del año mil novecientos tres, un incendio destruyó la Calle de la Iglesia hasta el punto en que formaba esquina con la hoy calle Imbert. Después, el resto de casas que de ella quedaba, exceptuando la que ahora está marcada con el No. 48, las destruyó el ciclón del tres de septiembre del año mil novecientos treinta.

Al correr de los años, la Calle de la Iglesia ha desaparecido en el tenebroso abismo del no ser. De sus cenizas y de sus escombros ha surgido hermosa y bulliciosa la calle 16 de Agosto, con alumbrado eléctrico, aceras corridas, pavimento de asfalto y cuarenta casas de hormigón armado, entre las cuales hay ocho de dos pisos. A pesar de todo esto, la Calle de la Iglesia, con sus viejos bohíos y sus cuestas de piedra, es para nosotros la calle de los gratos recuerdos. Sin duda, porque en ella pasamos la flor de la vida.

(3) Al construirse la *Escuela Brasil*, la Calle de la Iglesia perdió dos casas y desapareció una plazoleta en que se hallaban tres bohíos: uno con el frente hacia el Norte y dos contra el Este.

Los informes que figuran en esta crónica antes del año mil ochocientos noventa y ocho, los obtuvimos del señor Leopoldo Guerra.